

nobles ánimos que le tributan todavía un generoso afecto, no obstante la distancia tres veces secular de los años. Este homenaje vivo nos parece más digno de la inmortalidad de su obra que una insípida inscripción. De este modo conocerán los amigos futuros de Colon á los que les precedieron en su afecto retrospectivo; les profesarán cierta especie de gratitud y les reunirán á sí mismos en sus recuerdos.

Por la triple obligacion de la gratitud, del respeto y de la verdad, debemos nombrar primeramente, entre todos los amigos actuales de Colon, á Su Santidad, el Papa Pio IX. Debiéramos nombrarle también ántes que á ningun otro á causa de su interes por la gloria de Colon, si no fuera ya el primero por su jerarquía suprema, sus tres coronas, su vicariato divino, y su título de Rey Pontífice, de Obispo de los Obispos, de Cabeza visible de la Cristiandad.

¡El Vicario de Cristo ama á Cristóbal Colon!

Pio IX ha tenido el presentimiento de su grandeza moral. El Padre Santo no es simplemente el protector de su gloria, sino el amigo de su personalidad. Así como sus estudios y discernimientos en la historia le han hecho distinguir á Isabel la Católica, entre todas las mujeres coronadas, también ha conocido el Sumo Pontífice el lazo providencial que unía la mision de Cristóbal Colon al reinado de esa gran Reina. El inmortal Pio IX ha deseado que se exhibiera al mundo la vida de ese cristiano ejemplar. ¡Ojalá hubiésemos quedado más dignos y capaces de tan honrosa empresa!

Á ejemplo del Padre Santo, los miembros del Sacro Colegio conservan vivo interes por la gloria del mensajero de la Iglesia. Trabajo, y no poco, nos costaría clasificar aquí, por sus grados de simpatía, á los eminentísimos Cardenales que se acuerdan de Colon. Exceptuado el Cardenal Spinola, ¡genoves no obstante! todos honran al gran siervo de Dios y de la humanidad.

El Ministro Secretario de Estado de Su Santidad, el eminentísimo Cardenal Antonelli, no podía ser indiferente á la fama de Colon, atendida la elevacion de ánimo, el patriotismo liberal y delicado tacto que le distinguen. También se ha dignado alentarnos personalmente de la manera más amable en nuestra empresa (1).

Plácenos contar entre los sinceros admiradores del Heraldo de la cruz, á un talento penetrante, lleno de vigor antiguo, erudicion, ideas atrevidas, fecundo en pensamientos vigorosos, pero de piedad edificante, el eminentísimo Cardenal

(1) Las periódicas diatribas de la demagogia italiana, el furor de la prensa piamontesa y protestante no nos privarán de prestar homenaje al Eminentísimo Cardenal, cuya vigilancia y moderacion prueban tanto su liberalismo como su bondad. La conciencia de las inmensas dificultades de la situacion, la estimacion de los hombres de Estado, el aprecio de la diplomacia entera deben indemnizarle de las continuas calumnias de los enemigos de la libertad y de la civilizacion.

Pietro Marini, que por su aptitud en política y mérito en administracion será inscrito en los fastos del gobierno de Roma.

Sentimos inmensa satisfaccion al tener que nombrar también una vasta y luminosa inteligencia, rica por su naturaleza propia, fuerte en patrología, alimentada del texto sagrado, cuya ciencia se esparce en su conversacion como los perfumes de Aaron en todos los vestidos del Gran Sacerdote, y que apoya siempre la sabiduría de sus ideas en la firmeza de una fé vivificante: el eminentísimo y reverendísimo Cardenal d' Andrea.

No podríamos olvidar un hombre de ciencia y accion, excelentemente dotado de imaginacion y gusto, talento propio y agudo, que guarda en su corazón un vivo sentimiento del honor eclesiástico, que tiene en gran estima los servicios prestados á la Iglesia y la abnegacion á la Santa Sede: Su Eminencia Ferretti.

No pasaremos en silencio á una de las celebridades del Sacro Colegio, verdadero tipo del antiguo patriciado, gran principe romano en toda la acepcion de la palabra, digno, lleno de gracia, de noble sencillez, caritativo y dadivoso hasta la magnificencia: el eminentísimo Cardenal Altieri.

Tampoco omitiremos al reverendísimo Cardenal Brunelli, al eminentísimo Frausoni, prefecto de la Sagrada Propaganda, y al eminentísimo Fieschi, uno de cuyos parientes, muy estimado de Colon, recibió de él mismo el mando de *la Vizcaina* en su último viaje, y compartió con Diego Méndez la gloria de pasar de Jamáica á la Española en los botes de los salvajes. El venerable decano del Sacro Colegio, el eminentísimo Macchi, el cardenal Patrizi, el cardenal Morichini, el cardenal Bofondi, el cardenal Wissemann, el cardenal Amat, el cardenal Riario Sforza, el cardenal Gaude, el cardenal Justo Recanati, el cardenal Cagiano de Acevedo han demostrado también verdadero interes por la gloria de Cristóbal Colon.

Los superiores de las órdenes religiosas, en quienes vive y circula, como en sus arterias, el pensamiento de la Iglesia, nos han demostrado también su interes por la memoria del Heraldo de la cruz. Á lo ménos debemos citar entre ellos al reverendísimo General de la Compañía de Jesús, al R. P. Beck; al R. P. Jandel, general de los Dominicos; al R. General de los Teatinos; al R. P. Guaterni, general de los Menores conventuales; al reverendísimo P. Lorenzo de Brisighella, predicador apostólico; al reverendísimo P. Alfonso de Rumilly, procurador general de los Capuchinos; al reverendísimo P. Bernardino de Ferentino, secretario general de los Observantes; al R. P. de Villefort, secretario de la Compañía de Jesús; al secretario general de los Menores conventuales; al reverendísimo Filippo Rossi, autor de excelentes escritos; al R. P. Félix, procurador general de los Hermanos de San Juan de Dios; al R. P. Vaure, que se ha hecho el propagador de la fama de Colon en el convento de los Santos Apóstoles. Nuestro afecto debe hacer parti-

cular mencion de un religioso muy sabio, hombre de elevadas ideas, que posee varios idiomas, en quien la erudicion no menoscaba la inteligencia ni deseca el corazon, y que está tan lleno de modestia como de verdadero mérito, y de quien se honra con razon la Orden de los Teatinos: el R. P. Cirino, una de las notabilidades intelectuales de Roma.

Las tres órdenes de San Francisco han mostrado verdaderamente á favor de la rehabilitacion de Cristóbal Colon el sincero interes que él mismo encontró antiguamente en los Franciscanos de España.

## § II.

Á buen seguro que aquende los Apeninos nadie ha conocido mejor que el valeroso rey Victor Manuel II el incomparable esplendor proyectado sobre la Cerdeña por la fama de Cristóbal Colon.

El generoso Monarca, tan firme defensor de la libertad de su pueblo como tutor prudente de su gloria, se dignó animarnos personalmente con palabras de caballerosa amabilidad dictadas por el verdadero patriotismo que abriga en su corazon de rey. Su Majestad se dignó anunciarnos, por sí mismo, su suscripcion á nuestra obra, como una doble prueba del recuerdo con que honra al inventor del Nuevo Mundo, y de su constante voluntad de favorecer todo cuanto pueda aumentar el esplendor de la ciudad de Génova.

Despues del intrépido rey Victor Manuel II, ese noble aliado de Francia, heredero del interes que el magnánimo Carlos Alberto profesaba al héroe genoves, se buscaría en vano, en toda le extension de los Estados sardos, un amigo más adicto de Colon de lo que lo es el primer pastor de la Liguria, el santo arzobispo de Génova, Su Excelencia reverendísima, don Andres Charvaz.

El venerable prelado tuvo el convencimiento del apostolado de Cristóbal Colon, ese mensajero de la salvacion que nació al mundo y á la Iglesia en su diócesis. Miétras que los genoveses, para honrar á su inmortal compatriota, le comparaban con los más grandes genios de la historia, con los héroes de la antigüedad, el sabio y piadoso arzobispo de Génova auguraba mucho mejor de su diocesano anterior, Cristóbal Colon. Reconocía en él al mandatario de la Providencia; consignaba actos é intenciones que dan lugar para creer que habita en las dichosas mansiones de la gloria divina. El Excelentísimo Señor don Andres Charvaz no contribuyó, solamente con sus conversaciones tan interesantes, y su opinion cuyo valor es sabido, á propagar en Italia una elevada idea de Colon, sino que manifestó Su Excelencia su concepto en presencia de toda la nacion, representada por el

Rey, la Corte, las grandes corporaciones del Estado, las comisiones de las ciudades y un inmenso concurso de pueblo, cuando tuvo lugar la memorable inauguracion del ferro-carril de Génova á Turin, el dia 20 de febrero de 1854 (1).

Nadie ha manifestado una opinion más favorable á la santidad de Cristóbal Colon, que el Arzobispo del país donde nació. Nadie ha mostrado mayor solicitud por la rehabilitacion histórica del Revelador del Globo, y la terminacion del monumento que debe eternizar el homenaje de la Liguria á la memoria de su Héroe.

La religiosa Saboya no ha faltado á Colon. Su ilustre metropolitano Su Excelencia Reverendísima Monseñor Billet, arzobispo de Chambéry, verdadero pozo de ciencia, tan profundo naturalista y geólogo como eminente teólogo, podía mejor que nadie apreciar en su justo mérito el espíritu observador y el genio sublime del Revelador de la Creacion. Nosotros hemos recibido la honra de su voto con muy profunda gratitud.

La isla de Cerdeña ha pagado también al Héroe genoves su tributo de admiracion, por medio del venerable arzobispo de Cagliari, arrancado de su silla. Un sentimiento alternativo de edificacion y tristeza se apoderó de nosotros cuando vimos á Su Excelencia Monseñor Marongui soportando noblemente en su destierro la expatriacion, continuar inquebrantable en sus principios, perdonando á sus perseguidores, rogando por ellos, y considerando con mirada serena la duracion de su cruel prueba. Por su lenguaje que respira vivo amor al pueblo y á las instituciones liberales (2), dejamos de comprender la causa real de su destierro; pero comprendimos muy bien cuánto derecho tenia su alma animosa en interesarse de un modo muy particular en la memoria de Cristóbal Colon.

Antiguas relaciones de provecho y amistad unen á la Liguria los Estados Lombardos, así como la geografia política une á la Lombardia con los Estados venecianos. Las simpatías de esos países á favor de la gloria de Colon parecen personificarse en un eminente escritor, que forma parte de las celebridades de la antigua Venecia y de las notabilidades de la Lombardia, reuniendo á las grandezas del pasado y á las tribulaciones del presente, la esperanza del porvenir: el conde Tulio Dandolo, autor de obras estimadas sobre la Filosofia de la Historia y de numerosos escritos conocidos en toda Italia. Este noble pensador, dotado de carácter lleno de elevacion y desinterés, talento agudo, superior á las ciegas preocupaciones de partido y á las prevenciones de un liberalismo irreflexivo, ha consagrado su pluma á la defensa de la verdad histórica y religiosa. Hace ya

(1) Véase el primer tomo, Introduccion, pág. 25.

(2) Aquí no podemos entrar en pormenores circunstanciados; pero es muy seguro que se ha representado en Turin al Excelentísimo Señor Arzobispo de Cagliari como un enemigo irreconciliable del *Statuto* solo por una extravagante prevencion.

algunos años que su nombre ha traspasado los Apeninos y los Alpes. La escuela católica le cuenta entre sus glorias.

Temprano reconoció nuestro honorable amigo Tulio Dandolo el carácter casi sacerdotal de Cristóbal Colon, y reprodujo en 1852, en su notable obra: *I secolì di Dante e Colombo*, la primera idea que daba de ese héroe cristiano nuestro libro: LA CROIX DANS LES DEUX MONDES. Su admiración por Colon y su amistad para con nosotros le inspiraron dos años há, con intención de anunciar á Italia la presente historia, un entusiasta manifiesto acerca de la necesidad de las rehabilitaciones históricas. Esa improvisación escrita en ménos de una noche, fechada en Adro, provincia de Brescia, impresa en París y Milan, mereció ser citada en otro manifiesto al clero de Italia, sobre el mismo asunto por el ilustre P. Ventura de Raulica, uno de los más adictos defensores de la fama de Colon.

De Génova, foco de admiración y entusiasmo por el descubridor del Nuevo Mundo, irradia un patriótico fuego que anima las comarcas vecinas; es que Génova comprende su honor. Ninguna ciudad mereció tan excelsa gloria. De su recinto salió el secreto de la segunda mitad del Globo. ¡Ama mucho á Colon, ciudad de los mármoles, porque se lo debes de justicia! Mantente fiel á la memoria de aquél que guardó la tuya hasta su postrer día.

Durante el pontificado de uno de tus hijos, ¡oh Génova la altiva! partió para su descubrimiento tu glorioso hijo Cristóbal Colon, con la secreta asociación de los votos del Pontífice, la asistencia de sus oraciones y de su amorosa bendición. El vencedor del MAR TENEBROSO se lanzó á lo desconocido bajo los auspicios de la Iglesia, en nombre del Cristo. Por su fé ganó un mundo y adquirió fama inmortal entre los cristianos. No olvides la causa de su buen éxito. No te avergüences de tu fé, ciudad magnífica! te obligan á ello la fama de tus mismas paredes, los monumentos de tu caridad, el esplendor de tus iglesias. Tus antiguos títulos de gloria te imponen el Catolicismo.

Aviva tu prudencia. Desconfía de los extranjeros que pregonan filantropía y se titulan propagandistas de civilización, á quienes tus costumbres hospitalarias dan generoso albergue. Ni son de tu raza, ni hablan tu lengua; no creen, ni practican lo que constituyó la fuerza de tus patricios ilustres. Esos extranjeros, que desprecian nuestros dogmas, no tienen ningun lazo de recuerdo, de afecto y parentesco con esa Italia que corrompen con sus errores, y fatigan con su execrable propaganda. No permitas que se implante en tu suelo la raíz de las costumbres extranjeras. Sé siempre tu misma, ¡noble Liguria! degenerarías si dieras acogida á extraños usos.

Muy pronto se te abrirá un porvenir inmenso. La navegación por vapor y la próxima apertura del canal de Suez, prometen á tu puerto y á tus ferro-carriles una prosperidad quizás incalculable. Los votos que hacemos por tu felicidad,

aceleran la llegada de este día. Apresúrate á terminar el monumento que la historia espera. Ten continuamente á tu vista el recuerdo de tu Héroe. Medita en este modelo de grandeza cristiana, y sabe que la mejor manera de honrarle, sería la imitación de sus virtudes; porque, si no es permitido á nadie igualarle en su genio, corresponde á cada uno parecersele en la fé.

### § III.

La verdad nos obliga á esta triste confesión: de tres siglos acá, España parecía el país más ajeno de todos los países cristianos á la fama de Colon. Era tan grande el olvido comun acerca nuestro héroe, que, desesperando indudablemente el único descendiente del Almirante de las Indias, el duque de Veraguas, de vencer nunca esa frialdad secular, aparentaba despreciar á su sublime antepasado, cuando en 1837, el creador del museo de Versalles, el rey Luis Felipe, regaló á la Biblioteca de la Iglesia patriarcal de Sevilla un retrato de Cristóbal Colon, notablemente pintado.

Cuando San Luis envió una biblia á San Fernando, fué la primera vez que un soberano frances concedía un don á la Iglesia metropolitana de Andalucía. Ese don excitó la curiosidad general, y, con este motivo, el público español habló de Colon durante algunas semanas.

Mientras tanto, el convento de la Rábida continuaba arruinándose, no tanto por la acción del tiempo como por la mano del hombre. Los merodeadores, los contrabandistas, los pastores de las cercanías destruían ó aprovechaban enmaderamientos, piedras labradas, etc. Nadie se cuidaba de aquellas devastaciones más ó ménos clandestinas. En vano se esforzaba don Pascual de Campos en llamar la atención de la autoridad acerca de aquel vandalismo; los saqueos quedaban impunes. El mal iba en aumento cada día y amenazaba al humilde y célebre monasterio una completa destrucción.

Afortunadamente, para ahorrar esta vergüenza á España, el día 11 de marzo de 1854, Sus Altezas Reales, el duque de Montpensier y la Serenísima Infanta doña Maria Luisa Fernanda, su graciosa esposa, acompañando á Su Majestad Maria Amelia, aquel ángel tutelar que, durante diez y ocho años, fué para Francia una bendición visible, se presentaron en aquellos sitios, que un día dieron hospitalidad á Colon, y que entónces apenas habrían podido dar abrigo á los caballos de la comitiva.

En el estado de pesadumbre en que se hallaba la venerable viuda del rey Luis Felipe, no podía ser aquel viaje una simple excursión de viajera, sino que era